

Tres Elegías: La Milena. El hombre promedio.
Santificados sean los hechos.

Alejandro Vaca Carrizal



Capítulo 1

La Milena (Primera parte de la historia)

Milena no curveaba para adentro como muchas mujeres bellas, ella lo hacía para afuera y por eso los hombres le salían por un volado. Sus curvas peligrosas tumbaban a más de uno. Pocos las conocían. Ese era el encanto de la Milena. Una mujer verraca que prefería caminar sola.

Bajaba la calle solitaria. Iba para su casa desde la de una amiga y se encontró con un excompañero del colegio que en ese entonces le parecía agradable. Pero él venía raro, venía arañado, como dicen. Ella lo regañó porque estaba bien loco, y sin embargo juntos se perdieron por otra calle hasta terminar quién sabe dónde. Porque la Milena ese día no quería andar sola y le brindaron la compañía que menos deseaba. Esa noticia del embarazo no fue tan inesperada pero sí afectó a la familia. Pero Milena seguía siendo la Milena. Era calladita y pacífica, ella qué iba a andar por ahí molestando o interrumpiendo los quehaceres con berrinches y pataletas. Ella prefería quedarse debajo de un árbol viendo caer hojas hasta el anochecer. Dedicaba parte de su tiempo a pensar. Hasta parecía que lo analizaba a uno completo con la primera mirada.

Recuerdo lo que me contaron un día: ajustaba los cinco meses de preñada cuando ella bajaba de la montaña y en esas hubo un enfrentamiento de bandas. Quedó en medio del fuego. Entre paredes pasó esquivando, se agachó hasta donde pudo, se escondió bajo los muros de la acera y en ese tiroteo: embalada en la balacera, y embarazada andaba, la embalacerada temblaba, lacerada quebrantada. Tremenda regadera y logró escapar sanita, pero me dijo no quiero vivir más por acá, esto no es vida sino suspenso, qué vaina uno andar viviendo y esquivando, hasta para colgar la ropa en el patio hay que bailar moviendo el pecho como si se tratara de las caderas.

Se fue de la casa. Una semana después volvió anunciando que se casaba. Los tres unidos por el matrimonio: ella y su bebé con ese señor. Esa noticia causó revuelo en el barrio. Cómo se le ocurría aparecerse con un desconocido y delante de su familia decir con este me caso yo. Como las canciones que dicen y suenan: con este me organizo la vida, con este tengo de qué hablar, con este no trabajo, con este puedo cuidar a mi bebé, con este puedo comprar ropa y aretes, pintalabios y pestañina, con este sí, con este sí: puedo salir a bailar, puedo salir a caminar y fumar, ver caer las hojas y caerme con ellas, con este sí, con este puedo hacer de todo. Era un hombre normal. Extraña palabra para un hombre, pero no encuentro otra. Hombre normal. Cómo pudieron llegar a conocerse estos dos. No se me ocurre. Llegué a pensar que el uno estaba hecho para la otra, pero no al contrario. Porque ella de bobita: ni un centavo. Así callada y pensativa, no se andaba con pensamientos profundos y

filosóficos. Ella hacía la estrategia, la planeaba y la llevaba a cabo. Con minucia se preocupaba por todos los detalles de sus proyectos.

Planeó cómo conquistarlo, me imagino. Planeó cómo hacerle creer que lo amaba, me imagino. Hasta creo que planeo el momento en que él le propuso matrimonio. Pero no pensó en lo que seguía después, imagino también. Hasta habrá dudado de dar un sí. Sin embargo lo dio y esa respuesta abrió a su vida unas cuantas puertas que ella desconocía.

Fue la primera que le dio por buscar pareja y organizarse; a ninguna otra en su familia le había picado el bichito del casamiento. De alguna manera hay que asegurarse el futuro, ninguna de las otras hermanas se preguntó en alguna ocasión por qué sería de sus vidas más adelante. Milena fue la única que de alguna manera trató de asegurarse, de labrarse la vida. Sus hermanas no entendieron muy bien esto de sembrar en el presente para recoger la cosecha más adelante. A la Milena nunca se le vieron los frutos después del matrimonio, sólo uno y ese no era de su marido. El bebé, que lo llamaron Samuel, era tierno y muy despierto. Pero cómo iban a entender sus hermanas un futuro diferente si ocurrió lo de siempre. La misma situación pero con otra ropa, como dicen por ahí. Este señor no era ningún güevón. Del Vicentico, novio de Milena por casi un mes completo, al hijuemadre de Vicente bastó el Sí, acepto para que se transformara.

El Hombre Promedio (Segunda parte de la historia)

A favor del equilibrio y siempre en busca de tal fenómeno encuentra a su alrededor diferentes formas de expresión que no le pertenecen. Expresiones desmesuradas, malintencionadas y corrompidas. Estas formas no tienen que ver con el hombre promedio. Él es un profesional, sabe expresar con cautela y diplomacia sus sentimientos y emociones. Ese es su profesionalismo, reflexiona y medita sobre el cómo decir, el cómo actuar y sobre todo el cómo sopesar. No toma decisiones a la ligera. Si decide casarse con una mujer que conoce hace poco, menos de un mes por decir algo, es porque la decisión de contraer matrimonio era antigua, las circunstancias novedosas. Así opera el hombre promedio: con moldes antiquísimos de su forma de vivir acomoda sus situaciones diarias. Sin embargo también hay en él espacio para la aventura y algunas situaciones extremas, por eso conserva un molde que funciona de forma contraria: no moldea sino que se deja moldear. Allí le permite la entrada a una que otra mujer interesante como para un matrimonio y dos hijos, o a una aventura de un par de noches en la que logre sentirse macho a su manera. Inconscientemente qué puede significar el equilibrio para el hombre promedio: un nuevo extremo, una extremidad invisible; ni siquiera él la ve, porque es presa de ella. Con este brazo del equilibrio toma su porción de mundo, la ase entre sus dedos, la solivia midiendo un posible peso, calcula el gasto de energía y dependiendo de estas observaciones y otras cuantas, decide si apuesta por ella. El hombre

promedio a medida que evoluciona se hace cada vez más promedio, más insoportable para que entiendan, porque una extremidad por bonita que sea, entre más larga más estorba. La belleza también es un estorbo, pero no es el caso de nuestro hombre. En él el estorbo es su mayor virtud. Es decir, su equilibrio.

¿Cómo evoluciona el equilibrio? En un ejemplo concreto, por decir algo, el amor: en la conquista de pareja es tímido, cabizbajo, sincero, habla poco y sus chistes son inocentes e inofensivos. Pero la mujer le valora su sinceridad y su valentía para hablarle, pues no cualquier hombre promedio tímido hace lo que nuestro hombre hace: hablar a una mujer desconocida que está que se revienta y reinventa a causa de su belleza. Entonces descubre que esa mujer, a la que ha hablado y le ha confesado que es primera vez en su vida que habla a una desconocida, lleva en su vientre una criatura de dos meses de vida gestante. Ante tal eventualidad su modo de operar cambia, no sus sentimientos y decisiones últimas. Ha encontrado una mujer bonita, soltera pero con un hijo en la barriga. Hace diferentes promesas tanto materiales como espirituales y sentimentales y de este modo logra comprometerse con ella. Le ha declarado su amor incorruptible. Ha asegurado su porción de mundo. Como ya se siente seguro, pisando terreno firme, descuida un poco su relación. Olvida algunos detalles, deja de lado obsequios y ternuras y arguye para sí mismo que es importante que la pareja sepa que no hay hombre perfecto. No, él es un hombre promedio. Luego se casan, y como hay unas cuantas firmas que sostienen su relación de pareja puede estirarse más, relajarse sobre su cama y dormir hasta tarde, por ahí hasta las nueve y media de la mañana. Se organiza y sale a su trabajo. De manera sopesada regresa ebrio al terminar el día. Puede abrir la puerta de su casa por sí solo. Se tambalea exageradamente para sentirse más borracho pero no se orina en la nevera porque daña su desayuno del día siguiente. Es bueno estar ebrio siempre y cuando no se afecte el porvenir. Por eso llega hasta el inodoro y mea salpicando algunas gotas sobre el borde. En ocasiones limpia con un trozo de papel higiénico y en otras cuando siente la borrachera a tope no, en cambio escupe y simplemente bacía lo expulsado. El hombre promedio extremo descubre que está afectando su relación y toma otra decisión: ser medianamente extremo. De este modo inventa una nueva extremidad que lo lleva a recoger nuevas porciones de mundo. Descubre una nueva mujer, descubre nuevas formas de hacer dinero y muchas otras cosas... pero en el apogeo de estas nuevas porciones de mundo, cuando éstas se enredan entre sí y nuestro hombre se siente sin salida, algo le sucede y descubre una porción inexplorada por él. El hombre promedio descubre a su familia: su mujer y su hijo. Hijo que para este ejemplo no es propiamente de él pero lo crió como un buen padre promedio. Pero su tardanza ha afectado este pedazo de mundo y ya no hay espacio para él. Apenas descubre ese vacío, su mujer que no es cualquier bobita, sino una a la que

le gusta hacerse, lo saca por un volado. De alguna manera ella lo increpa: infiel, traidor e irresponsable. Luego descubre que la misma enfermedad de la moza de él también la ha adquirido ella. Así concluye la historia del hombre promedio: su mujer envía a su hijo a vivir con sus abuelos maternos, luego lo espera en casa y cuando él llega especialmente ebrio, de un tajado cercena su yugular. El hombre promedio no profiere gritos ni gesticula dolor. Cae sorprendido, presa de un extremo que nunca conoció: el silencio de una mujer violenta que ha sido ofendida.